

GRATIS PARA Ud. HOY

Es prueba de inteligencia y señal de distinción leer la Revista mensual

EL NORTE AMERICANO

Revista en español

QUE SE PUBLICA EN NUEVA YORK DESDE EL AÑO 1914

La suscripción anual cuesta cinco dólares. Cada ejemplar cuesta cincuenta centavos, oro americano. Pero envíe usted el siguiente cupón y obtendrá gratis un ejemplar de muestra del último número de la Revista. Envíenos sólo cinco centavos oro americano para el franqueo.

SOUTH AMERICAN PUBLISHING C.

310 Lexington Ave., NEW YORK CITY

Sírvase enviarme un ejemplar de "El-Norte Americano" para lo cual incluyo \$1.00 (cinco centavos oro americano).

Nombre

Calle y número

Estado

Se solicitan agentes para esta Revista

Grandes Talleres de Fotograbado

DE LA
ESCUELA DE
ARTES
Y OFICIOS



Se garantiza la prontitud y nitidez de los trabajos.

Grabados en uno o más colores, para Diarios, Revistas, Catálogos, Etiquetas, etc.

Instalación Eléctrica Moderna.

Trabajos listos en 40 minutos con los más hábiles operarios.

Teléfono Núm. 7 1 4

Apartado N°: 72

Agencias en el centro de la ciudad:—Señorita Hortensia Paz Coronel, Plaza de la Independencia y en el Almacén de Especialidades del Sr. Eduardo Rivera, Carrera Venezuela.



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORRÓN N.º 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

Precio 30 ctvs.

Año II

Quito, Mayo 9 de 1920

NÚMERO 66

FILOSOFIAS ELECTORALES

Los trabajos electorales se hallan avanzados, más de cien casas han sido alquiladas por los centros electorales. Los vecindarios de los clubs se preparan a trasladarse a lugares en que no corran peligro durante los posibles choques de los electores. Las personas neutras reclaman la vigilancia especial de la Policía. El comercio se prepara también a permanecer cerrado durante las elecciones.

Noticias de Guayaquil.—"El Día" miércoles, 5 de Mayo.

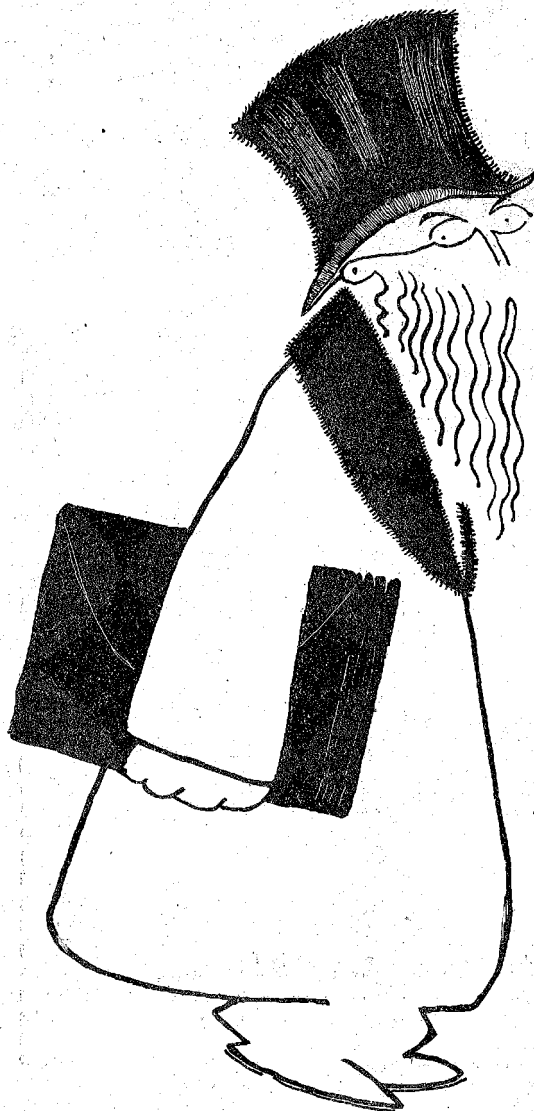
Esta mañana, 5 de Mayo, desbaratando toda la austeridad de mis costumbres, me he levantado muy temprano.

El cielo está azul. La atmósfera transparente. El sol brillante. Es una hora fresca y deliciosa. Sólo lamento no tener reloj para poder recomendar la a mis amigos. Voy notando que mi corazón debe ser muy bueno, todo

lo bueno posible, cuando desinteresadamente quiere comunicar a los demás el extraordinario descubrimiento que ha hecho esta mañana. ¡Encontrar una hora deliciosa!... Sin embargo, ya que no tengo reloj, me limitaré a decirles que es la hora en que don Rodrigo, un vecino de mi barrio, sale de su casa para ir a la oficina.

Yo acabo de encontrarlo. Él iba por la calle preocupado, pensativo, triste. Y al verlo pasar, he creído adivinar en la vida de este hombre, una tragedia obscura y silenciosa, una de esas tragedias vulgares, en las que nunca hay muertos ni heridos.—Asuntos sin importancia. Pequeñas cuestiones domésticas. Una mujer a quien ya no ama. Dos años de matrimonio y.... dos chicos que chillan toda la noche y le quitan el sueño.—La mujer tampoco duerme. La mujer que regaña a los muchachos, y al mismo tiempo le pone al corriente por milésima vez, de lo malo de la situación, de lo difícil de la vida, del crédito perdido, de la falta de dinero y de otros innumerables detalles de sus existencias, hasta terminar con la frase consabida: «Tú ganas muy poco, es-

Los apegados al buche



Sr. Don. Ramón Bucheli. Apoderado del único Banco.

to no es posible». Y él que le contesta: «Sí, esto es imposible, yo gano muy poco». Entonces este hombre en sus largos insomnios empieza a meditar, a cavilar, a pensar. Poco a poco va tornándose un pensador. Estos pensamientos continúan mientras va por la calle a la oficina. Esta mañana me ha parecido que pensaba en la inutilidad de su vida insignificante y monótona. En su familia. En la aplanchadora. En el panadero. En la vandera. En la oficina. En esa horrible oficina que ha anulado su juventud, su vida, y a la que va todas las mañanas preocupado, pensativo, triste....

* * *

Don Rodrigo está sentado delante de su escritorio. Sobre este escritorio hay un libro muy grande, muy espeso. También hay algunos papeles o unos cuantos ministeriales y escritos en prosa curialesca. Y, juntos con el libro y los papeles oficiales están los periódicos. Nuestro hombre gusta leer los diarios todas las mañanas antes de comenzar su trabajo. Le complacen sobre todo los editoriales y las notas sociales. Lo demás carece de importancia para él. Pero ahora la casualidad ha hecho que sus ojos pasen primero por ciertos renglones que contienen algo terrible. Noticias abrumadoras comunicadas por el corresponsal del periódico en Guayaquil. Asunto elecciones: "más de cien casas a'quiladas por los centros electorales. Los vecindarios de los clubs se preparan a trasladarse a lugares en que no corran peligro durante los posibles choques de los electores. Las personas neurales reclaman la vigilancia especial de la Policía. El comercio se prepara también a permanecer cerrado durante las elecciones".

Don Rodrigo se queda estupefacto y se pone a pensar. Su mujer va haciendo de él un pensador. Antes lo

pensaba en nada. Ahora piensa en todo: Y su pensamiento insensiblemente pasa de los pequeños grandes asuntos domésticos, a los grandes pequeños asuntos nacionales.—Por lo que dice el corresponsal del periódico, descubre claramente que lo que quieren esos hombres es matarse. ¿Por qué? —El a pesar de su miseria, de su cansancio, de su fracaso, ama la vida y cree que no es cosa de ponerla con tanta facilidad en peligro; por el simple y vano capricho de acercarse a depositar una papeleta en la boca irónica de las urnas. Esto es para él insólito, inconcebible, atroz. Y por eso a poco la pasividad de su alma de empleado público empieza a revelarse contra todo. Él no irá a votar porque le parece idiota el que exista elecciones, derechos y libertades y las leyes. El Estado no quiere nada de esas pamplinas que no le importan un comino, porque con todas esas cosas él es un desgraciado que se muere de hambre. Y le parece imbécil votar para que salga electo tal o cual señor, que después de todo no sabe de hambres, de miserias ni de nada de las vidas insignificantes y obscuras, y se ponga allí a hacer leyes y a charlar interminablemente y gausarse lo que él llama "un sueldo formidable" sin hacer nada.

Las ideas vulgares de D. Rodrigo van *in crescendo* y estoy seguro que si continuaran acabaría por comprarse un revólver y hasta se tomaría valiente, pero en ese momento oye la voz de su jefe que lo llama. Las ideas desaparecen. Tan sólo queda el hombre domesticado y sumiso, que olvidándose de todo, obedece las órdenes del jefe y en silencio, inclinado sobre el libro escribe, escribe, escribe, interminablemente, mientras afuera el cielo sigue azul. La atmósfera transparente. El sol brillante.

R. de S.

Zapatería "La Moda"

::: es el Establecimiento preferido por la gente chic :::

MI DISTINGUIDA CLIENTELA ENCONTRARÁ UN MATERIAL SELECTO

SE TRABAJA TODA CLASE DE CALZADO PARA HOMBRE; ESPECIALIDAD

= PARA EL BELLO SEXO Y NIÑOS. =

MUCHO CUIDADO EN LOS DE ETIQUETA Y BAILES.

Necesito operarios.

Pago los mejores precios.

Carera García Moreno y Mejía. — Teléfono 5-7-0.

José G. Moreno.

UNA GENEALOGIA ILUSTRE

por MARK TWAIN

Varias personas me han invitado, en diversas ocasiones, a trazar mi propia biografía para su regalo y contenido en las horas de ocio.

Accedo, pues, a esa cariñosa invitación. Y ahí va mi historia.

La noble casa de los Twain tiene su origen en remota antigüedad.

Mas el primero de mis antecesores, respecto del cual hay ya datos precisos, fue un amigo de la familia llamado Higgins. Ello ocurrió en el siglo XI, cuando los Twain vivían en Aberdeen, condado de Cork, Inglaterra.

A qué se deba el que mi dilatada ascendencia haya venido usando desde entonces el apellido materno (salvo alguna que otra incursión en el apodo para evitarse ciertos disgustos) en vez del paterno, misterio es que ninguno de nosotros ha tenido nunca grandes ansias de descubrir. Ello consi- ituye algo amablemente novelesco que sería lástima despoetizar. En buen número de viejas familias ilustres ha ocurrido lo mismo, después de todo.

Arturo Twain fue hombre en extremo considerado por las gentes. Desempeñaba el oficio de procurador en los caminos reales, allá por la época de Guillermo Rufo. Como según parece, procuraba para sí con exceso, suscitó envidias y odios. Tendieronle un lazo, cayó en él, y lo encerraron en una mansión de delicias, de donde no volvió a salir. Oreo que falleció allí repentinamente a la edad de 30 años.

Augusto Twain hizo mucho ruido en el último tercio del siglo XII. Diceu que fue persona atrozmente divertida. Una de sus bromas predilectas consistía en ocultarse tras de las esquinas, provisto de pesado espadón, y no bien acertaba a pasar alguien u oleso a tercera persona, lo abría de arriba abajo para ver lo que tenía dentro. Como se observará, Augusto Twain había nacido filántropo y humorista.

Tuvo la ocurrencia de llevar muy adelante las bromas, y, cierto día, la

gente de justicia se tomó el desquite, amputando al humorista la fábrica de sus graciosas ocurrencias. Por una delicada atención de la justicia, aquel trozo capital de Augusto Twain quedó clavado en una larga estaca para que pudiera contemplar al pueblo desde alto y reírse a su costa. La verdad es que el divertidísimo individuo no había pensado jamás en ocupar posiciones tan elevadas. Ni nunca tuvo tan bien sentada la esbeza.

Durante los dos siglos inmediatos nuestro bello árbol genealógico presenta una sucesión de hombres de guerra. Fueron todos ellos bizarros luchadores, siempre a retaguardia de los ejércitos, en asaltos y combates; siempre a la cabeza de las tropas, en saqueos y retiradas. Esta rama de árbol familiar fue la más fructífera, ya que rendía cosecha en todos los tiempos y se apropiaba el jugo de todos los suelos.

En los albores del siglo XV tuvimos al *Hermoso Twain*, llamado por algunos *El Escolástico*. Su principal gloria la conquistó pluma en mano. Podía imitar la letra ajena de modo tan maravilloso que sus escritos, si no aventajaban en pureza de líneas a los mismos originales (lo que hubiera inferido crueles heridas de amor propio), se les asemejaban de todo en todo.

Siendo éste su pasatiempo favorito, gozó mucho en el mundo. Lástima fue que lo dejara y se dedicase al deporte náutico. Dióle, en efecto, por remar en las galeras del rey, y en ellas se estuvo cuarenta y dos años cabales, o sea hasta pasar a mejor vida. Siempre artista, murió contemplando el mar desde lo alto de una vega. Fue una lástima.

Sus excelentes dotes de carácter le habían granjeado el aprecio de todos los compañeros de deporte. Por ellas y sólo por ellas conquistó la presidencia de la Sociedad secreta llamada *Los Compañeros del Estabón*. Persona algo excéntrica, vistió casi siempre trajes amarillos y llevó rapada la cabeza. Su muerte causó gran pesar al Gobierno

y fue considerada una gran pérdida para la patria. Pocas abnegaciones han habido como la suya.

Algunos lustros después aumentó sus timbres la familia con el ilustre Juan Morgan Twain, pasajero de la carabela *Santa María* en su primer viaje a América.

Todas las crónicas están conformes en afirmar: Juan Morgan Twain era hombre áspero y descontentadizo.

Sábase que durante aquella memorable jornada no pasó día sin que protestase de la alimentación de a bordo y amenazase con desembarcar de no cambiarse el régimen de las comidas. Cuando no era esto era otra cosa. A veces lo tomaba con el gobierno del barco, y decía que Colón ignoraba dónde iba y lo que debía hacer en América. El famoso grito de ¡Tierra! galvanizó todos los corazones menos el de Juan Morgan Twain. Mirando despectivamente al mar y extendiendo su diestra hacia la lejana línea del horizonte, exclamó: «No es tierra; es una balsa».... Y acertó.

Detalle interesante: cuando tan molesto pasajero entró a bordo llevaba por todo equipaje un pañuelo con las iniciales B. G., un calcetín de algodón marcado L. W. C., otro de lana con las letras D. F. y una camiseta de dormir con la señal O. M. R. Todo este ajuar iba envuelto en un periódico con fecha muy atrasada.

Lo que no impide para que Juan Morgan molestase a la tripulación recomendándole el cuidado de sus bagajes y se diese importancia en el castillo de proa hablando a los pasajeros de la deficiencia en los servicios en el *Santa María*. En una tormenta, la nave se inclinó, persistente a babor. Colón no se explicaba a qué podía obedecer. Pero nuestro Morgan salvó la carabela del naufragio aconsejando la carga de su equipaje a estribor. Con lo que quedó restablecido el equilibrio.

Los relatos del descubrimiento de América nada dicen en desdoro de estos pasajeros del *Santa María*. Lo único que hacen es registrar la curiosa circunstancia de haber desembarcado Juan Morgan Twain cuatro botes, un fardo de ricos paños y un cesto de botellas de *champagne* mientras al po-

ner el pie en la carabela, toda su propiedad mueble cabía en un periódico viejo.

Y aún hay algo más curioso. Y es que, luego de desembarcar, todavía regresó a bordo Juan Morgan, armando terrible marimoreña y diciendo que le faltaban varios bultos. Oído lo cual, y en vista de la forma insolente de la reclamación, decidieron los marinos echar al agua de cabeza a mi interesante amepasado.

En vano se quedaron contemplando desde la borda aquellas personas desconsideradas los efectos del salto: Pasó una hora sin que apareciese sobre la superficie del mar ni una sola burbuja.

El interés de los espectadores había llegado a su máximo. De pronto advirtieron, consternadísimos, que la nave derivaba hacia alta mar, arrastrada por el reflujo, y que el estalbrote del ancla se mecía al aire, inútilmente de hierro. De lo ocurrido entonces me informa suficientemente este pasaje del cuaderno de Bitácora, desdichado por mí en una biblioteca:

«... Y averiguamos que el viajero molesto arrojado por nosotros al agua se había llevado el ancla para venderla a los salvajes del interior...»

Es evidente que Juan Morgan Twain tuvo siempre miras elevadas. Con orgullo consignamos este dato: fué el primer hombre blanco dedicado en cuerpo y alma a la noble labor de civilizar a los indios. Construyó cómodas prisiones y mandó alzar millares de horas en todo el territorio americano. Hasta el mismo día de su muerte reivindicó, enorgulleciéndose de ello, la gloria de haber ejercido sobre los indios una influencia más decisiva que cualquiera de sus compañeros de conquistas.

El biznieto de Juan Morgan floreció en 1600 y poco. En los anales populares de América se le llama "El Viejo Almirante". Pero me consta que la puntiliosa Historia le distingue con otros apellidos.

Durante bastantes años ejerció mando en numerosos barcos bien armados y equipados; barcos todos ellos velocísimos; quizá los más veloces de cuantos surcaban los mares.

(Continuará).



TARASCUL por

Eloy Proaño D.

Starre

CARNIVAL

Las alegres mascaradas,
el amable y dulce engaño
que provoca el antifaz;
el placer de desdoblarse en el año
una vez y nada más.

Antes que llegue Ceniza
se alegran Venecia y Niza
ebrias de amor y BRICKTUT,
y París, loco y galante,
es un bohemio estudiante
bajo el traje de Pierrot.

Por entre árboles escuetos
que parecen esqueletos,
las últimas Serpentinatas
tejen luminosos lazos.
Arlequines, Colombinas
pasan, pasan en alud;
y tras sus pasos,
bajo el beso de la luna,
van dejando como una
estela de juventud.

Ellos vierten al oído
frases de doble sentido,
ellas rien insinuantes;
y su risa clara y leve,
dulce y grata,
cae en la noche de nieve
como un hilo de diamantes
sobre una fuente de plata.

Empolvada marquesita,
blonda y fragil mascarita,
permítis que os acompañe?
quiero besar vuestra mano
y ser vuestro caballero;
Después? Después el champagne
iluminará el arcano
de nuestro amor callejero.

Adorable mascarita,
apoya tu cabecita
en mi pecho y deja ver
cómo se llevan en Francia
prendidas con elegancia
las flores de Baudelaire.

Destácanse en nieve las siluetas
de un coro de estudiantes y grisetas
bajo la luz matinal del CABARET;
van alegres, unidos de las manos
en busca del violín de los tziganos
que solloza en el fondo de un café.

ELOY PROAÑO D.

GAZAPOS PERIODISTICOS

"Caricatura" tenía al principio una sección destinada a recoger las diarias tonterías que se publican en los periódicos; no continuó en el empeño acaso por no recargar de sombras este cuadro triste de la hoja periodística que se ocupa de política sin grandeza y en la que el arte y la vida no tienen ningún espacio en sus columnas. Pero si es posible revocar lo hecho, nos referiremos en este artículo a tres gazapos recogidos en apresuradas lecturas.

En Cuenca se publica **Páginas literarias**, una entusiasta revista de los muchachos literatos, que si principian por publicar ensayos, pronto empiezan la fúerla de maestros y sneltan cada barbaridad que timbla el misterio. En el último número se refieren a tres libros de versos nacionales que procuran juzgar; pero como no pueden decir llanamente las cosas imaginan que el público va a preguntar para qué sirven los versos y van a decir que lo que necesitamos es oro. Y la revista dice: "Y Pecuchet y su comparsa quedarán complacidos de estos consejos tan sabios a la Bouvard". Por donde se puede colegir que Bouvard acaso es la mujer, para decir lo mejor, del pieero de Pecuchet; pero no hay tal, queridos lectores; Bouvard, según nos cuenta su biógrafo, el señor Flaubert, era un hombre alto, ojos azules y cabellos blondos. Los chiquillos cueneanos han oído el título de la novela de Flaubert y se dicen maneras de acomodar su erudición, a trueque de convertir en mujer al desdichado Bouvard.

Y a propósito de Flaubert. Hasta aquí era un hecho reconocido que la prosa de este gran novelista era perfecta y pura: los biógrafos nos han contado como el autor de **Madame Bovary** trabajaba y sufría hasta encontrar el adjetivo exacto y el epíteto justo. Gómez Carrilló hablaba de escribir una Imitación de nuestro señor

Flaubert. Bourget y Zola nos dicen de la belleza de su estilo. Pero he aquí que un crítico de la **Nouvelle Revue Française** se propone revisar el estilo del escritor consagrado y encuentra faltas a porriño y, lo que es más, pobreza verbal. Marcel Proust ha defendido a Flaubert; pero no puede menos de decir: "Por razones que sería largo desarrollar aquí, creo que sólo la metáfora puede dar eternidad al estilo y acaso en todo Flaubert no hay una sola bella metáfora; por el contrario sus imágenes son generalmente tan débiles que no se elevan más allá de lo que podrían encontrar sus personajes más insignificantes". Habrá que seguir la discusión, porque no es posible creer que vaya a demolerse esta consagración.

Y ya que hemos hablado de Proust, recordemos que no hace muchos días un periodista de esta capital hacía notar que no se le había adjudicado el premio Nobel a pesar de sus admirables obras sobre la guerra. Recordemos que Proust es un escritor novel, de reciente notoriedad y que sólo a los consagrados puede llegar ese premio. Además Proust no ha escrito una sola línea sobre la guerra. Se ve que el periodista de nuestra referencia habló de Proust como los chicos de Cuenca de Bouvard, dé oídas.

Y concluiremos con otra referencia periodística: Hace tres o cuatro días "**El Porvenir**" de esta capital contaba una anécdota de Mark Twain y decía: "Mark Twain, el festivo escritor norteamericano, ha cometido últimamente una nueva excentricidad muy propia de él y que merece contarse". Y la cuenta y la anécdota puede tener gracia, sólo que el festivo escritor va para un lustro que murió y no pudo cometer últimamente la excentricidad que se cuenta. Los que la han cometido son los señores de "**El Porvenir**" que reprodujeron la noticia, sin saber de lo que se trataba.



A. Bellas

"Los Centauros"

CAPIROTAZOS

**¡Oh, la infinita tristeza
de aquel pliego mal escrito!**

—«El Comercio», gran número interesante, con la página literaria! ¡«El Comercio», edición de la mañana!

Lunes. Las ocho de la mañana. ¡Habrá algo más desesperante y anodino que un lunes a las ocho de la mañana?

Y para matar esta incolora vulgaridad del momento, ningún recurso más ingenioso y de fácil realizar que dedicarse a la lectura del diario matutino. Gracias a Dios, desde luego, que aún no se les mete, entre ceja y ceja, a nuestros empresarios de periódicos, el valor de sus productos; como dizque han hecho esos barbarotes de sus colegas porteños, quitando, así, de la boca «del humilde obrero, del comerciante laborioso, del honrado industrial» este sabroso «pan del espíritu», que, acaso por ser pan, va sabiendo de precio igual que su semejante, el que, fuerza es nombrarlo de este modo, se contenta con ser «pan del misero cuerpo».

Porque, señor, si aquí en esta «ciudad de San Francisco de Quito, Capital de la República del Ecuador», se pague en diez centavos el valor de cada periódico, matutino o vespertino, rojo o ultramontano, menguados estaríamos, y, lo que es más importante, por siempre se habrá perdido este recurso de matar las primeras horas del insupportable lunes. Qué es, precisamente, lo que quería demostrar.

Bueno, pues. No nos apartemos tanto de nuestra historia.

—¡«El Comercio», número interesante!

Y venga «El Comercio». ¡Pero dónde está la página literaria? ¡Ah! Indudablemente es ésta primera. Porque, vean ustedes lectores. Lo primero conque su servidor, Valentín Grijalva por la misericordia del Señor, se encuentra a ver si no es alta, altísima, máxima, suprema, colosal y abracada-

brante Literatura! ¡Y Literatura de la más legítima cepa, alejada de ese pícaro e insustancial modernismo, que tan funestos resultados ha producido! ¡A ésta si que no habrán de criticarla ni los anstors de «El Conservador», ni los más risueños de «El Porvenir», ni ¡esto es notable! los picaflores de un sesudo semanario católico que por estos frigales medra!....

Héla aquí:

«Hospital Néctor Baca». (No está muy importante, todavía).

«Acta de la colocación de la primera piedra, para la construcción del Hospital de Niños; «Néctor Baca», en los terrenos de la quinta (parrambus) de la señora Dolores O. v. de Baca, cedidos generosamente por esta digna matrona».

Bueno, aparte de la demasiada lata, pase el encabezamiento. Y sigue:

«En la ciudad de San Francisco de Quito, Capital de la República del Ecuador, a cuatrocientos veintiocho del descubrimiento de América por Cristóbal Colón; trescientos ochenta y cinco años de su fundación; ciento once años del Primer Grito de la Independencia Sud-Americana lanzado en ella (suponga, lector, que en Quito); noventa de nuestra autonomía y veintiocho de establecida la «Sociedad Artística e Industrial del Pichincha»....

Pero ¿entiendes, Fabio, lo que voy diciendo? Notarás, entonces, que aquí se han enumerado los más notables hechos de la Historia Universal: el descubrimiento de América, la fundación de Quito, el 10 de Agosto, y la inauguración de la «Artística e Industrial del Pichincha». Pero ¡por vida mía! la lista está incompleta, y yo haré de salir de casillas y hacer unas cuantas rectificaciones. Si de gloriosas efemérides se trató, ¡por qué su-

primir las fechas de la invención de la pólvora, la guerra de los Chihhuahuas, y el santo advenimiento de «El Conservador»? Injusticia palmaria es, pues, y yo me apresuro a protestar por semejante desacato y muestra tal de ignorancia de las áureas conmemoraciones. ¡Sí, señores! ¡Poco respetuosos son ustedes de nuestras figuras históricas!

Vuelve el hermoso «artículo» que voy anotando, con paciencia de benedictino y como aquellos lejanos orfebres de Medioeva, que meses y meses; con amorosa constancia, pasábanse acariciando un pequeñito tesoro de arte.

«...Siendo Presidente de la República el Excmo. Sr. Dr. D. Alfredo Baquerizo Moreno; Arzobispo de Quito, el Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Manuel María Pólit Luso; Ministro de I. Pública y Beneficencia, el Sr. Dr. D. Manuel Eduardo Escudero; Ministro de lo Interior y Policía, el Sr. Dr. D. José María Ayora; Gobernador de la Provincia, el Sr. General D. Juan Francisco Navarro; Presidente del Concejo cantonal, el Sr. Dr. D. Pablo Isaac Navarro; Director de Beneficencia, el Sr. D. Leonidas Pallares Arteta; Director de Estudios de la Provincia, el Sr. Dr. D. José Luis Román e Intendente General de Policía, el Sr. Luis Antonio Pallares»....

Enunciación de hombres célebres es ésta, dirás, Fabio amigo; y, pese a toda su natural extensión, pese a su grandilocuencia y a su profusión en «señores», «doctores», «doños», «ilustrísimos», «excellentísimos», «generales», «generalas», «santos» y «santas», del mismo horrendo defecto que la primera lista (la de hechos notables) adolece, y a caer viene bajo mi justa indignación. ¿No podrían los autores del «acta» ser un poquito más comedidos, e incluir en este famoso «siendo» les siendo candidato a Senador el Sr. Dr. D. Aparicio Ribadeneira y otras cosas; Presidente de la Liberia el Excmo. Sr. D. Menelick de Comerijos; Pertiguero

de la Catedral de Quito, el Sr. D. Furibundo Mata-infieles y Redactor de «Caricaturas» el Excmo. Ilmo. y Rvdmo. señor General Dr. D. Valentín de Grijalva y Alarcón? ¡Deslayados y mal nacidos los que tal no pusieron! A juicio toca para ellos la broncúea trompeta del Anuncio Final...

Y a juicio sígo yo llamando a su peilustrato «actas».

«Se reunieron en este sitio varios señores Canónigos de la Iglesia Metropolitana (y por qué no todos?); RR. PP. de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, patrona del Ecuador (¡asas tenemos compañeros!); RR. PP. de Santo Domingo; RR. PP. de San Agustín; RR. PP. Salesianos; muchos venerables señores Presbíteros; el Seminario Menor; Hermanos Cristianos de San Juan Bautista de la Salle; el Sr. Dr. D. Ricardo Ortíz»....

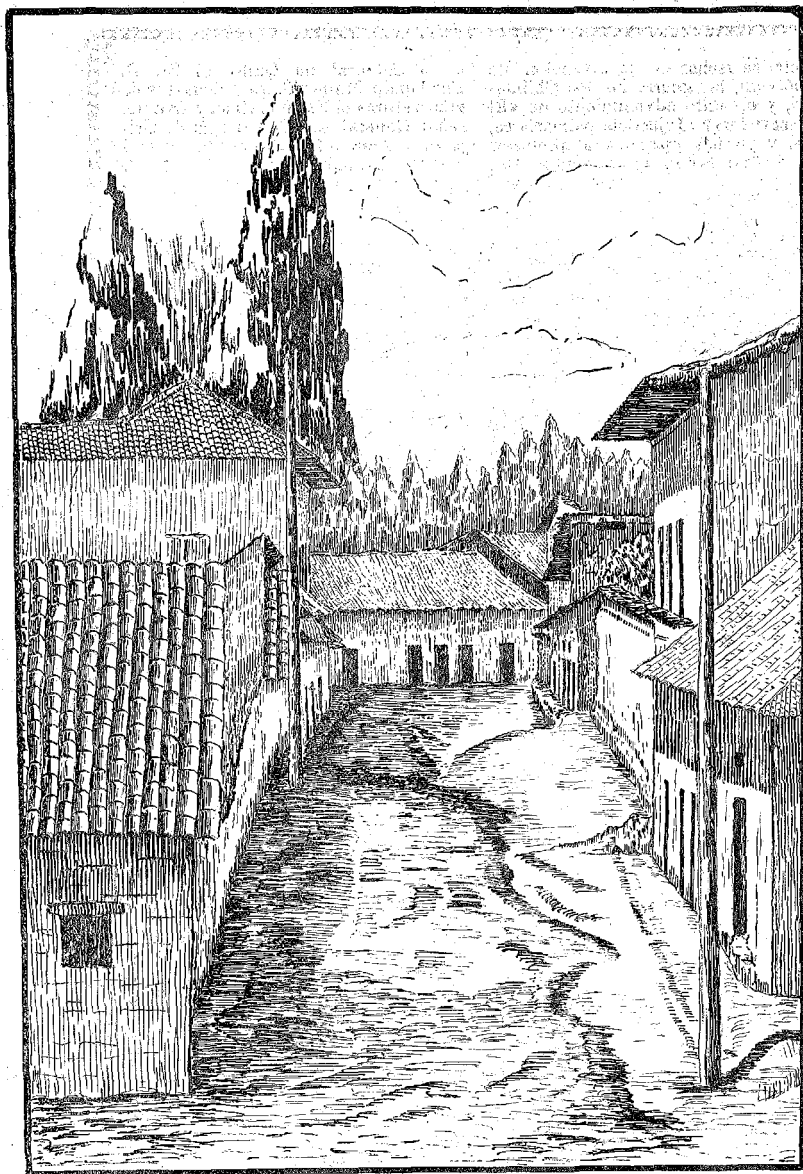
¿Pero qué es esto, Dios santo? Frailes, frailes y frailes; frailes que se visten de negro, frailes que se visten de blanco, frailes que se visten de injerto; pero en resumen, frailes y más frailes... ¿O se trata, otra vez, de la lista aquella de las comunidades que mantiene la Beneficencia? Porque, si no, yo me quiebro la cabeza y no encuentro satisfactoria explicación de todo este primor literario-teológico-educador-conmemorativo....

Y, quebrada la cabeza, obligado me veo a renunciar a posteriores análisis de esta joya de arte.

Porque demostrado queda que joya es y de altísimos quilates. ¿Verdad, maestro Parroño?

Y joya barata, baratísima, ultrabarata, ya que apenas cinco mequinos centavos ¡cinco viles centimos de sucre! ha costádomo el diario matutino donde ella se ufana, si no impresa en las letras de oro que se merecía, por lo menos resultando con los negros caracteres de la maravillosa invención de Gutenberg....

El Maestro Grijalva.



ABTALLAS.B.

QUITO ANTIGUO

ELEGÍA DEL CAMINO

Cuando venga la Muerte para matarme a mí
mis últimas palabras de esta Vida han de ser
la porfiada pregunta de porque Ella es así...
y acaso a la pregunta no sepa responder.

Pero, como la Muerte es algo baladí,
he de morir, pensando —hasta empalidecer—
en tí, la Regresión... en tí, el Dolor... y en tí,
Tristeza de las cosas que me verán volver...

Yo bien sé que la Muerte no es sino anestesia
a que obres sin ponernos dolor, Palingenesia.
Y a tí, Palingenesia que avatares nos fraguás.

pido que no me cambies en lo que ha de sonar:
ni en pájaro, ni en viento, ni en poeta, ni en aguas,
porque es de lo más triste ser sonoro, y pasar...

Remigio Romero y Cordero.

QUENCA, 1920.

NUNCA MAS

Eres ya la imposible, la lejana y la ida....
Tu sombra es imprecisa como un sueño de ayer....
Mas vive tu recuerdo y espero tu venida
sabiendo que mis sueños y tú no han de volver....

Eres en mi recuerdo como una novia muerta
que un triste día frío llevamos a enterrar
y en la paz dolorida de la casa desierta
esperamos el día de volverla a encontrar....

Yo sé que está muy lejos tu senda de la mía...
Mas sé que mi tristeza comprenderás un día
aunque nuestros senderos no se junten jamás...

Y siento que tu larga ausencia irremediable
me dice sin palabras la sentencia inmutable
como el cuervo de Poe: Nunca más! Nunca más!

Augusto Arias R.

QUITO, ABRIL DE 1920.

Divagación sobre la respetabilidad

(Artículo dedicado a todas las personas respetables)

Llevado por esa torturante manía, que nos aqueja a algunos infelices y maldecidos mortales, de analizarlo todo y desmenuzarlo todo, como el aprensivo gastrónomo que ante un apetitoso plato de pescado siente inenarrables angustias causadas por la cruenta lucha interior entre el apetito que le incita a devorar el pescado y el temor de atravesarse una espina en el gargante, lucha feroz que le obliga a destruir con toda la artística ornamentación de la vianda y hacer una minuciosa disección del pedazo que va a pasar del plato al estómago, yo, hombre insatisfecho y analizador, he venido hoy a parar en un problema al que no le encuentro la solución.

Pasa a veces que uno casi sin darse cuenta pronuncia una palabra de aquellas que no forman parte de su vocabulario habitual, después reflexiona, analiza la palabra y se le antoja que ha dicho un disparate o un vocablo sin sentido; vuelve a pronunciarlo y le suena mal, le suena de una manera extraña y aún, a pesar de verla escrita en alguna parte, no acaba de convencerse que la tal palabra pueda tener alguna significación racional.

Yo no sé qué fenómeno psíquico será ó te ni como clasificarlo, así como tampoco sé si a todos pasará lo mismo que a mí, pero el caso es que las cosas son así y que este fenómeno me ocurre muy a menudo.

Hoy me ha ocurrido eso: la palabra respetabilidad me ha sonado mal, me ha sonado feo. ¿Qué es respetabilidad? ¿Qué cosa es esto de la respetabilidad?, me he preguntado. ¿Qué es una persona respetable? ¿Qué condiciones se necesitan para ser una persona respetable?

Y no he podido contestarme.

¿Existe, efectivamente la respetabilidad? ¿Hay o no hay hombres respetables?

He acudido al diccionario y el diccionario me ha dejado en las mismas, "cómo besarla dormida" q' diría Bueheli, porque el diccionario no da sino el concepto material de un vocablo pero no el concepto espiritual, el alma de la palabra. Explicar el significado de una palabra con otras palabras igualmente inexpressivas y antipáticas y que a su vez

necesitan una explicación me parece sencillamente una estupidez: las palabras deberían explicarse por sí mismas.

(De antemano sé que en este punto no estarán conmigo algunas personas respetables).

Pero volviendo al asunto que nos ocupa y dejando a un lado el diccionario, que fatiga los estantes de las bibliotecas, sigamos nuestra dilucidación refugiándonos solamente en el sentido común.

La respetabilidad debe ser alguna grave dolencia que aqueja a las personas enfermas de importancia, especialmente a las personas mayores, por que, parece, que una condición indispensable para ser persona respetable es la avanzada edad o siquiera la edad madura. Un joven nunca puede ser una persona respetable.

Otra cosa que debe ser un factor importante para tener esta distinción humana (porque la respetabilidad es una distinción social) es la elevada gerarquía que la persona respetable tiene sobre las personas que no lo son; así, por ejemplo, un Ministro del Tribunal de Cuentas (o de cuentas) puede ser una persona respetable por reunir las dos condiciones anteriores, siendo persona respetable tanto en su despacho de la oficina como en su despacho del bar, verbi gracia, sin que esto sea un obstáculo para que por cualquier nadería considere lesionada su respetabilidad, que no sufre mengua en el caso de pública y reincidente embriaguez acompañada del fenomenal escándalo: en sitios frecuentados, por ejemplo.

Luego, por el mero hecho de ser una persona respetable, si se me permite otro ejemplo, puede sin temor, en un caso dado trampear cara a cara a todo el mundo porque ya tiene asegurada su impunidad con el título profesional de persona respetable.

Queda, pues, demostrado que ésta es una de tantas palabras sin sentido, que convencionalmente usamos para adular servilmente a los que más hábiles o más audaques supieron ponerse por encima de todos los que no se atreven a hacer estas reflexiones.

SIMPLISSICIMUS.



Estor-ne
R.R.

Dn. Julio Miguel Paez

POEMAS EN PROSA

LA HORA DULCE

Dulce fue el coloquio al pie de las acacias; tú reías y el frívolo aire te imitaba en las hojas . . .

Pero más dulce es esta soledad en que el instante es claro como el agua de un estanque y tu recuerdo viene como un fino aroma.

Tú jugabas con las largas ramas, y los evóuimos sentían el inefable suplicio de tus dedos.

¡Ah! Pero la frívola amiga de los coloquios es muy diferente de esta sombra melancólica que visita mi corazón en la soledad.

En esta soledad en que el agua sueña con la humilde música de un piffano con la caña . . .

Las acacias no dan aquí su frescura; mas hay céspedes para el descanso contemplativo y sauces llorosos de poniente.

El aire es más fino que otras veces; y la hora es tan dulce que las manos permanecen inmóviles y los ojos se hundecen con la misma melancolía resiguada que tienen los sauces.

PALABRAS AL AMIGO

Tu casa ha cambiado y tú no eres el mismo.

Igual que las viejas ventanas cubiertas de glicinas y el estanque inmóvil y triste bajo las hojas muertas, tu corazón se adorna sólo de recuerdos.

Cada tarde te gusta salir a la avenida y sentarte en un banco a contemplar la fuga de las golondrinas.

Y tu casa, inclinada y melancólica, parece sentir esa fuga de los pájaros de otoño tan intensamente como tú.

(Pájaros de otoño más dolorosos que los recuerdos y más ligeros que los minutos!)

Tu casa parece llorar a veces con las hojas de las glicinas. Tú quisieras llorar también; pero ¡ah, bien lo comprendo! tus ojos están secos desde la huida de la juventud.

Y ambos no sois sino dos amigos que saben mutuamente sus secretos y sufren un dolor caudado . . .

Y, ante vuestras ruinas y vuestro silencio lamentable, mi corazón tiene una elegía, dulce y triste como las que se dicen por los muertos en primavera.

Jorge CARRERA ANDRADE.

Quito—MCMXX.

C. J. AROSEMENA

OFICINA BANCARIA

Compra y venta de Letras a los mejores precios del mercado.

Acepta depósitos a 3, 6 y 12 meses, pagando intereses más altos que los Bancos.

Cuentas corrientes y descuentos de Documentos.

Solicítese informes.—Guayaquil.

CASILLA 337

¿Por qué juegan a la lotería?

por PRIMITIVO PRACTICO

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. El símbolo no puede ser más singulativo: forma, la del Omiscio materia, la bruta, la más bruta.

Y por eso hay una lucha eterna entre el yo pensante, la forma, y el yo pensante, la materia.

Esta es una interpretación como cualquiera otra, resultado de profundas reflexiones a que me he entregado en esos días, que me paso deambro en el infierno, y en esos momentos que me paso de claro en el claro averiguando lo que me importa muy poco, pero que es de la mayor importancia para la humanidad, por la cual me desvío.

No pretendo que esta interpretación sea la única, que en esos interpretaciones el callero es azudo y profundo, lo cual puede hacer su cuchara y servirse a su antojo y sin responsabilidad ninguna. Pero sí pretendo que es la mejor, primero, porque es mía, y segundo... por lo que ustedes quieran.

No se asuste el lector porque como las cosas desde arriba, que lo prometo solemnemente llegar al diluvio sin pérdida de tiempo.

Pero hay que tener en cuenta que si me llamo Práctico, también me llamo Primitivo; y que si me llamo Primitivo, también me llamo Práctico, y que ambos nombres forman un nobleza, y que nobleza obliga.

Porque (cómo explicarse que los hombres juegan a la lotería, sin tener un cuento a su pensamiento del binomio humano?

No voy a hacer la pregunta de ese juego, ni tampoco voy a condenarlo. Ya la economía política y los moralistas se han ocupado ampliamente de esa tarea, con resultados perfectamente negativos.

Pero de paso, y antes de llegar al diluvio, debo expresar mi autorizada opinión sobre los moralistas y los economistas.

Los segundos son los grand y mistificadores que quieren convencer a la humanidad de que lo alacetero está sumado a las ciencias matemáticas, y de que, mediante una fórmula matemática, se puede hacer la seguridad de desbarbar la rueta en Monte Carlo, golpe a golpe. Pero se han olvidado de decirnos cuál es esa fórmula.

Asientan que el trabajo es la única fuente de la riqueza; y el caso es que la mayor parte de los ricos que yo conozco, no trabajan, ni han trabajado nunca. Mas ese hecho no desvirtúa el aforismo, por lo que respecta al hecho, pues, en efecto, el trabajo es la única fuente de la riqueza; sólo que hay que entrar en algunos detalles.

No se quiere decir que aquel que trabaja es el que se enriquece; sino que los que trabajan enriquecen a los que no trabajan y los hacen trabajar, de modo que la verdadera economía política consiste en hacer que otros trabajen para que se enriquezcan los que no trabajan, lo que nada tiene de nuevo, pues ya un tal Virgilio, que además de ser un gran poeta parece que fue un gran economista a la usanza moderna, nos dejó su famoso «*Sic vos non eboris*», el que traducido al romance equivale a que sin vos no hubiera bobos, y la sorprendente sentencia de que nadie sabe para quién trabaja. *El trabajador es.*

También nos dicen esos señores que la economía previsora es la base de la riqueza, la que parece que tiene dos bases.

Pero la economía, previsora o no, limita la producción, y limita la producción es disminuir la fuente del trabajo.

Pero el impulso dado al trabajo, al aumentar la producción, disminuye el salario.

Pero la reducción del trabajo, al disminuir la producción, encarece el consumo del trabajador. Que mi ilustrado colega Leo del Val desate ese nudo gordiano, o que lo corte, que él es hombre versado en esto de las ciencias sociales. Yo me contento con exponerlo.

Entonces a los moralistas diré que los divido en dos categorías: la de los que dicen lo que no saben, y la de los que no dicen lo que saben.

¿Para que son vanidades? Pues son los que, como yo, sólo dicen lo que saben y saben siempre lo que dicen.

Cuando comencé a estudiar el tan complejo problema a que se refiere el presente artículo, me di de manos a boca con don Paleón Lanza, o Lanzagorda, que no está bien averiguado; una especie de cucurbitáceo con pantalones. Bien dije a mi buena fortuna, pues si bastó la acidez de una manzana para que Newton descubriera y anunciara las leyes de la gravitación, yo, en presencia de una calabaza, podía descubrir con mayor facilidad las centenas leyes que rigen la tendencia irresistible hacia las loterías.

Pero me engañé, lo que confieso sin orgullo, pues bien sabido es que equivocarse es peculiar de los sabios, y que el más sabio es el que se equivoca siete veces al día. Esto me humilla, pues no me equivoco sino en dos ocasiones: cuando escribo y cuando no escribo.

Digo que me equivocó, porque resultó que don Cucurbitáceo lo juega a la lotería. Pero no me equivocó, porque me dió las razones de su abstinencia o de su abstención, que parecen ser la misma cosa y que no lo son, pues abstinencia debe ser la virtud constante de privarse total o parcialmente de alguna cosa; mientras que abstención debe ser la fuerza de voluntad para privarse singularmente, por una sola vez, de satisfacer un apatito. Ahora bien, privarse significa, en este caso, dejar voluntariamente una cosa de *Gusto, Interés o Conveniencia*, y como don Paleón es enemigo jurado de las loterías, resulta que, al dejar de jugarlas, no se abstiene, puesto que no son para él cosa de gusto, ni de interés ni de conveniencia, sino nueva y condenable y punible.

—¿Por qué mi señor don Paleón? lo pregunté ávido de ciencia.

—Porque toda lotería es una innoble sacalifa, un engaño-bobo, una estafa descarada.

—¿Hombre! ¿Hombre! exclamé con sorpresa. A ver, cómo me Ud. ese altar más despacio.

—No hay más que una lotería honrada y digna del hombre que tiene sentido común. Esa lotería consta sólo de dos números y ambos salen siempre propiados en todos los sorteos, con el premio grande.

—¿Por favor! caballero de Lanzagorda.

—Lanza, como Ud. tiene Ud. la bendición.

—Bien, como Ud. quiera, el que cambio de una lotería no es para tanto. Dígame cuáles son esos dos números benditos.

Y aquí mi carnet para apuntarlos con exactitud.

—Don Cucurbitáceo tomó ante mis ojos las proporciones de un sibilo. Se encarió con ambas manos su rosita barba, me miró de hito en hito, y con voz grave y lenta, como quien destila gota a gota la quinta esencia de la sabiduría, me dijo:

—Esos dos números son TRABAJO y ECONOMÍA.

Llegó mi vez de mirar de hito en hito, a aquel ocurbitáico, para persuadirme de que no me estaba batiendo el pelo. El de Lanzagorda me miraba por sobre su capinelo, con la boca entreabierta, gozando de mi sorpresa.

—Trabaja y economiza, repitiendo las sílabas.

—De modo qué? ... insinué tímidamente.

—Trabajo y economiza, repitió rotundamente mi interlocutor.

—Pero esos no son dos números, sino...

—¡Trabajo y economiza insistió con acento de Júpiter tonante don Palenión.

—¡Admirable! exclamé para desarmar su odlera y para que me permitiera meter baza. ¡Admirable! Eso me recuerda un hecho histórico, perfectamente comprobado, que viene a corroborar lo que de un modo tan convincente acaba Ud. de asentar, mi señor de la Lanzagorda.

—Lanzagorda, Lanzagorda, caballero.

—Sí, de la Lanzagorda, corregi.

—Sin de la, caballero. Venga la historia con breviter.

—Pues es el caso, mi señor Lauza: ...

—Gorra, caballero.

—Que una vez, en Chileago, población muy principal de los Estados Unidos de Norte América, un pastor protestante, hombre de puritanismo ejemplar, se encontró a un individuo, joven, no muy bien vestido, contemplando una hermosa casa, y cuya fachada daban los últimos toques algunos obreros; y mientras contemplaba la obra, lanzaba al aire espesas volutas del humo que extraía de un gran tabaco puro.

El pastor miró la casa, consideró al hombre del gran puro, y tocándole familiarmente en el hombro, le dijo: jamás lograré Ud. ser dueño de una finca como esa.

—¿Por qué preguntó el joven con cierta curiosidad.

—Porque Ud. fuma. Fumar, además de ser un vicio contrario a la salud, es una ruina para el bolsillo. Ningún hombre que fuma puede hacerse rico, pues que quema su trabajo; lo convierte en humo y lo disipa, a la vez de acumularlo.

—¡Bueno! ¡Bueno! exclamó el joven, sin dejar de fumar. Dedúzco de sus palabras que acaba Ud. de profirir, que no fuma.

—¡Jamás contestó el pastor, haciendo un ademán de repugnancia.

—Y supongo, también, prosiguió el joven, sin dejar de fumar, que si Ud. es feliz poseedor de varias fincas como esta que estamos contemplando.

—No, amigo mío, digo el pastor con humildad, yo soy más pobre que una rata de sacristía.

—Pues ahí tiene Ud., señor cura, yo fumo más que una chimenea de fábrica, y no sólo soy el dueño de esta casa, sino de diez y ocho más por el estilo, todas construidas con el dinero que he ganado por mí mismo, en mis especulaciones. Yo soy aquel a quien aquí apellidan el Rey del Trigo.

Y echando en la cara una bofetada de humo al buen pastor, lo saludó y lo volvió la espalda.

Con que, pácelas Ud. muy felices con su trabajo y su economía, y que los premios gordos que en todos los sorteos le tocan, le permitan comprar otros par de zapatos, que esos que lleva están ya picando en retiro a dispersos, señor de la Lanzagorda.

—Lanzagorda y sin de la, caballero.

Otro ocurbitáico, con cáscara de poeta, escuela de sancho llorón, me dijo que jamás compraba billetes de lotería, porque eso era tanto como gastar ilusiones para comprar desconfianza.

Pero los billetes no se compran con ilusiones, sino con dinero efectivo, le contesté.

—Así es, en cierto modo, repuso con su voz doblado a través de las reledijas de un tímulo

financiero. Pero sea Ud., apenas compra el billete con un puñado del vil metal, cuando empieza el gaego de ilusiones, gaego que va en aumento hasta llegar al despallero. Todo el que compra un billete es con la injusta intención de sacarse el premio mayor. ¿Por qué no se dice, a ninguno le ha de tocar, y yo tengo tanto derecho como cualquier otro? Ya mi hombro tiene la esperanza de verse favorecido con los seis millones de pesetas de la lotería que se juega en Madrid en la Pasena de Navidad. A fuerza de pensar convéctase en convidado. Y vamos a fabricar castillos en España, como dicen los franceses, sin que sepa yo por qué, o castillos en el aire, como decimos los españoles, con may y propiedad. Ese hombre llega a no distinguir, preocupado de cómo explicará su cuantiosa riqueza, cuál será la inversión más segura, y acaba por encontrarla, y ya no le bastan los seis millones, sino que aspira a más, a mucho más, y en su delirio de grandza, llega a verse poseedor en pocos años, de una fortuna colosal, y compra un título, y está en el reino o en el exilio, y se casa con la Princesa Micomicona. Pero llegó el sorteo, y resulta lo de la conocida fábula de la lechera, y allí tiene Ud. a mi hombre inconsoable, por haber gastado tantas ilusiones en comprar una decepción.

Tuvo la suerte de encontrarme con otro jugador bastante amable para dejarse entrevistar.

—La lotería, me dijo, es buena y es ma a.

—Esto pinta bien, dije para mis adentros.

—Es mala, porque considero muy difícil ganar un premio que merezca la pena de ser tomado en consideración. Es buena, porque es el único medio que tiene un pobre de llorar a ser rico realmente.

—¿Cuál es la conclusión? le pregunté con verdadera curiosidad.

—Que es un loco quien gasta mucho dinero en la lotería, y que el que nunca la juega es un imbecil.

Aquel era un término medio, y los términos medios no revelan ninguna opinión, aunque sea una aproximación; tan curiosa presenta el género jugadores de lotería. La primera es la del jugador escéptico, que compra el billete y lo estuja al meterlo en el bolsillo, como si no le diera importancia; y afirma que tiene la seguridad de que "no pintará siquiera". Pero, al llegar a su casa, cuando nadie lo ve, saca el billete, lo extiende, lo quita cuidadosamente los arrugas, lo dobla y lo coloca detrás de una estampa litográfica del santo de su devoción; suplicándole que lo favorezca con su milgrito.

Viene en seguida el jugador que ni afirma ni niega, y compra un billete porque "quién quita que pase y se esaurle".

Viene después el tipo del esperanzado, quien está seguro de ganarse algún premio, aunque sea una aproximación, que vale más algo que nada, y quien, una después de haber visto, y revisado la lista, no puede convencerse de que su número no haya sido premiado, y se define ante todas las cosas que enciende en su camino, pareciéndose a las mujeres feas, que se miran a todos los espejos, sin convencerse jamás.

Hay que considerar de un modo muy especial el tipo de los supersticiosos, variedad italiana, de los que sueñan con un número y se desviven buscándolo; de los que oyen todas las palabras que escuchan por primera vez en la mañana, y suman las letras y hacen combinaciones numéricas, y en seguida van en pos del número que resalta. Y otros por el estilo.

Pero el más interesante de todos es el jugador cabalista. Conozco un hombre exemplar.

Se trata de un francés, parisiense de sangre pura, que no cree ni en Dios ni en el diablo, que declara a voz en cuello que no hay fatalidad ni casualidad, sino que todo está sometido a una ley sabia y matemática. Por supuesto que



"BURGUESIA.."

Dibujo original de Valenzuela.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

esa es ley sin legislador, puesto que no hay ni Dios ni diablo, de modo que resulta de la generación espontánea, no sé si por casualidad o por fatalismo, o por otra causa que difiere de las dos mencionadas. Pero no estoy para averiguarlo en este momento.

Un día me encontré con ese mi amigo, a quien llamaré Petit-Cornichon, para darle algún nombre y que no se ofenda. Al fin y al cabo él no sabe español y no ha de leer estas ilustraciones mías.

Lo encuentro sentado a la mesa de uno de los grandes cafés del bulvar de los Italianos, abstraído en la contemplación de un billete de lotería, por el que discutida el "chuck" de cerveza que tenía ante sí, y cuya espuma empezaba a agolizarse.

—¡Hola, Petit-Cornichon! ¿qué es lo que tanto te preocupa? ¡dime!

—Hombre, me contestó, llega en un feliz momento. ¡Ah, que eres tan tonto a los problemas, y que tan terribles discusiones sostienes conmigo, contradiciendo los principios fundamentales de mi credo filosófico, mira y admira.

—Miro y admiro, contesté. ¿De qué se trata?

—De este billete. Examinalo bien. Es el número 3457. ¿Verdad que es hermosísimo ese número?

Nunca he podido comprender la belleza de un número. ¡Papa mi todos son igualmente feos.

—¿Qué tiene ese número? pregunté a mi amigo.

—Fíjate bien. 3457, es decir tres, cuatro, cinco y siete. ¿Verdad que es maravilloso?

—Continúa tu demostración sin hacerme preguntas, le respondí.

—Pues sigue mi demostración. Tres, el trivium. Cuatro, el cuadrivium. ¡Ah! . . . ¿Qué te parece?

—Muy acertado. Tres, el trivium; cuatro, el cuadrivium.

—¡Pues eso es! . . . Ahora bien, el trivium y el cuadrivium.

—Sí, le interrumpí, forman el septivium.

—No, hombre, no continen a desbaratar. No hay septivium. Pero si suman siete.

—Es evidente.

—Pues bien, el siete es el número simbólico por excelencia.

—Yo creía que era el tres.

—El tres lo es en el orden teogónico. Pero aquí se trata de la hermenéutica, no de la hermeneútica. Suma ese número siete con el que sigue, el cinco, y el resultado será doce. ¿Eh? ¿Qué tal?

—¡Buen doce! contesté por decir algo.

—¿Te vas enfadando?

—¡Ya lo creo!

—¡Me alegro! Doce es el número perfecto, porque se divide por dos, por tres, por cuatro y por seis.

—¡Pasmosal! exclamé. ¿Lo que es la ciencia pliméntica!

—Hermético, no seas bruto, y esto lo digo sin ánimo de ofenderte, sino para advertirte. Ahora bien, sigue con cuidado mi razonamiento. Los dos primeros números, el 3 y el 4 suman 7, que es el último número de la cifra. . . . ¿Vas comprendiendo?

—¡Por supuesto!

—Y 3 más 4 más 7 suman, entonces, cifra que equivale al tarot mesopotámico.

—De acuerdo, caro Petit-Cornichon. Pero basta de tarotología y de matemáticas. ¿Cuál es el punto que se trata de demostrar?

—Pues sencillamente que se necesita ser muy fuerte en hermenéutica para hacer estos cálculos.

—¡Ya lo ves.

—Y el hombre capaz de acertlos está llamado a ser el dueño del mundo.

—¿Entonces tú?

—Llegaré a ser el dueño del mundo, exclamó mi amigo con la más profunda convicción.

—Lo creo; pero quisiera saber qué quiere decir ese billete. ¿Es tuyo, verdad?

—Naturalmente. ¡Sólo yo soy capaz de comprarlo sabiendo lo que es. Porque has de saber una cosa: si el que compra esta número por eso que el vulgo llama casualidad, ignora la ciencia, el número resulta ineficaz en sus manos.

—¡Ah! ¡Acabáramos! Ahora me lo explicas todo. Compraste el número sabiendo lo que son pruebas, y te has sacado el premio gordo.

—No, hombre, el premio gordo no.

—Entonces el segundo . . .

—Tampoco. No te cañes, el billete no salió preñado.

—Entonces, ¿para qué sirvieron las leyes taromáticas?

—Eres incorregible! Vas a deducir de que, por no haber salido preñado el billete, toda mi ciencia es falsa. ¡Ignorante! Estás confundiendo el hecho con el derecho. El hecho es lo brutal, lo absurdo, no cuenta para nada, con tal de que la teoría sea exacta, y aquí resulta exactísima la teoría. No salió preñado el billete, pero debió no sólo haberse sacado el premio gordo, sino todos los premios. Te lo voy a demostrar.

—¡Narices! grité desafiadoramente poniendo pies en polvorosa, y no paré hasta llegar a las concavidades de mi domicilio, sin que pudiera decirme un sólo de los hechos porque guardaba en los sesos las leyes del trivium, del cuadrivium y de todos los triviums habidos y por haber.

Estuve reflexionando por seis días, con sus correspondientes noches, sobre todos los datos que había recogido relativos a los jugadores de loterías. Y, al fin llegué a una conclusión exacta y más segura que todas las que puede suministrar la hermenéutica unida a la hermeneútica y a todas las ciencias gnósticas.

Problemitas a mí! ¡Como si hubiese alguno que pudiera osecar a mi penetración!

En mayores honduras me he visto, y he salido de ellas sin mojarme las calcetines.

Y cumplió con el deber que me he impuesto de participar a más ilustrados lectores, y a aquellos que no son ilustrados, con tal de que me lean, o de que me oigan leer, es decir que oigan leer mis artículos, el resultado de mis investigaciones.

Los hombres (y las mujeres) juegan a la lotería porque . . .

Pero, ¡ah! querido lector, te lo diré de buena gana, para que no se enteren los niños, que esta es cosa de personas mayores.

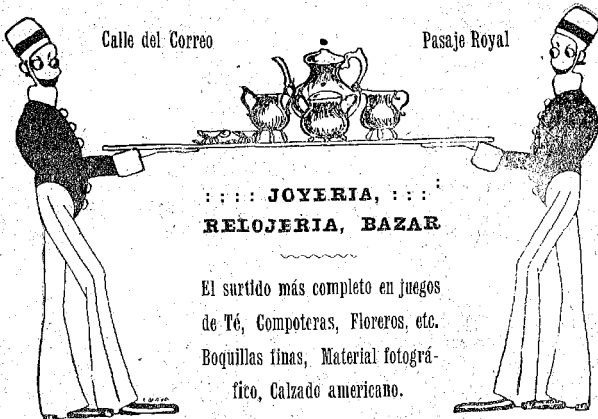
Si, lector . . . ¡Yo también!



Almacenes de Guillermo López

Calle del Correo

Pasaje Royal



... JOYERIA, ...
RELOJERIA, BAZAR

El surtido más completo en juegos
de Té, Computeras, Floreros, etc.
Boquillas finas, Material fotográ-
fico, Calzado americano.

Precios bajos. Artículos de primera clase.



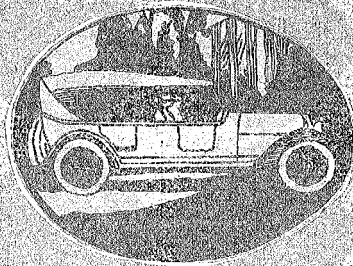
Teléfono 3 9 0

Apartado 2 9 7

Manuel M. Rojas

Confeciona toda clase de vestidos al gusto
más exigente.—Especialidad en trabajos para
militares.

CASE



ALVAREZ & MORENO

VENDEDOR/
Quito

CARICATURAS



... Pero curamba, cuantos muertos, cuantos heridos en Gua yaquil
... Y cómo nos hemos reído en Quito... ja, ja, ja... Julio E. Roca
Nicolás F. López, Alejandro Mancheno... ¡¡¡, ¡¡¡, ¡¡¡!!!